

llegar á obeso, de fisonomía nobilísima y distinguida como ninguna.

Ya la historia lo ha traído en lenguas, y parece excusado pregonar aquí méritos suyos. Baste decir que su erudición en ciencias sagradas y profanas, era portentosa; que conocía, como nadie los conocía de seguro en el país, los idiomas sabios, los indígenas y los orientales; y sobre todo, que su competencia en asuntos de arte no tenía entonces, ni tiene ahora, ni tendrá en muchos años competidor posible.

Lo mismo leía, admiraba y comentaba una tragedia de Sófocles que una comedia de Plauto, que un poema de Byron. Lo mismo pronunciaba, con aquel su estilo atildadísimo, una oración acerca de los sistemas filosóficos, que un discurso para celebrar un fausto acontecimiento político.

En su celda encontraban labor y asunto los pintores, á quienes hizo ejecutar una serie de retratos de hombres célebres con inscripciones apropiadas, parto del ingenio del buen prelado; tarea los músicos, á quienes daba á conocer y hacía ejecutar los más grandes primores que producían los genios de entonces; modelo los escultores, á quienes mostraba las fidelísimas reproducciones que guardaba de las mayores obras de arte de los museos de Europa, y auxilio, consejo, protección y estímulo los arquitectos, los poetas y los simples estudiosos.

El convento del Carmen era al mismo tiempo una pinacoteca, un museo, una biblioteca, una colección de monumentos y una casa de oración. Desde la entrada ostentaba, escritas en las paredes, sentencias de los clásicos, máximas de buen vivir, nobles y atractivas enseñanzas; algo más se avanzaba y se iban descubriendo tesoros que en todos los conventos podían haberse adquirido, pero que en todos faltaban porque no se contaba con el gusto exquisito, el hermoso desinterés y la noble iniciativa de Nájera, que no se curaba de aumentar las rentas, ni de adquirir más inmuebles, ni de poseer más ganados, y á quien más importaban una edición rara ó un cuadro de mérito, que una casa ó un saco de dinero.

A nosotros nos recibía con exquisita amabilidad, y no sólo corregía nuestros ensayos, nos daba consejos fructuosísimos y nos deleitaba con su conversación, sino que nos enseñaba la sociabilidad, la buena crianza y la grande y noble tolerancia, que eran la base de su carácter.

Entre las bromas de mis amigos y las doctrinas de mi maestro, me la iba pasando tan ricamente con los quince pesos, que desde el primer mes me entregó el señor Suárez.

Noticias más llegaban al pueblo por conducto de una de mis hermanas, que tomó á pecho el favorecer mis amores. De cuando en cuando recibía por conducto del ordinario una cartita con cuatro patas de mosca, que me

hacían cerciorarme de que todavía se pensaba en mí y que se me ofrecía no olvidarme nunca.

En la casa de huéspedes nadie sabía cómo vivía yo en Guadalajara. Como mis mensualidades por pupilaje se habían cubierto anteriormente hasta por adelantado, todos me creían un caballero pudiente que había *destripado* de sus estudios para vivir á sus anchas.

Doña Mencia, que me había demostrado siempre grandísimo cariño, estaba entonces, si cabe, más solícita y amable conmigo. Para mí eran el mejor pan del desayuno y el *hormiguillo* más caliente, la carne más suave y los frijoles mejor refritos.

Casi no pasaba día sin que, con uno ú otro pretexto, se introdujera á mi cuarto, brillantes los ojos, avivado el arrebol de las mejillas, limpio el túnico de grano de oro, y mientras yo me entretenía escribiendo las ordinarias jeremiadas poéticas, ella llegaba á darme música durante un rato.

— No se moleste, me decía, que vengo nada más que un momento á ver si le hace falta algo y á descansar un poco de las impertinencias de las criadas. ¡Jesús, qué gentes; si con ninguna se puede contar: la que no es ladrona es inútil, y la que algo sabe es amante de los hombres! Hay que estar sobre ellas siempre, porque sino, todo lo echan á perder. Y usted, ¿qué se hace? Siempre escribiéndole á la novia, siempre llenando pliegos de papel con versitos á

sus ojos, á su cabello, á su cuello, á sus pies, á sus manos, á su cintura, á toda ella. ¡Quién fuera joven para oír algo así! Y el matrimonio ¿es pronto? Vaya que se lleva esa niña un buen mozo y un muchacho excelente. No se *enanche* ni se *tome la mano*; pero lo cierto es que hay pocos como usted.

Y cuando yo la bromeaba, contándole la manera con que el solemne don Rómulo debía pedir su mano, me respondía risueña:

— Je, je, qué gracioso; ¿conque don Rómulo? Debe saber usted que aunque vieja, pues acabo de cumplir los treinta y tres, no estoy tan dejada de la mano de Dios para tomar á ese vejistorio que apenas puede con los pantalones.

— Pero, mi señora doña Mencia, le decía yo imitando el tono campanudo y el hablar de la boca sin dientes del vejete; ¿acaso junto de la barbacana no vive la mujer honrada? Cierto que mi edad es grande; pero en cambio la de usted está también algo distante de la de Cristo, que confiesa. Ameme, que el amor es lo que hace felices á los nacidos.

— Cállese usted, mamarracho, me decía la patrona; cállese usted y levántese del suelo, que va á poner perdido ese precioso pantalón flor de romero con cabezas de caballos que estrenó hace poco.

Y dándome un cariñoso pescozoncito, se alejaba de la pieza diciéndome:

— Allí le dejo á usted con sus papelotes; siga escribiendo tonterías, que al fin para eso está desocupado.

El día de la Natividad de la Virgen, mis amigos y yo habíamos ido á Zapopan, pueblo á dos leguas cortas de Guadalajara.

La verbena popular consistía en danzas de moros y cristianos, y visita al santuario de la Virgen-generala, que



desde el mes de Junio estaba en Guadalajara, quedando sólo la *Pelegrina*, un facsímile de la verdadera imagen, en el nicho y camarín del templo.

Salimos de la ciudad en carretas de bueyes, como si fuéramos encantados, comimos guajolote en *pipián*, plato titular del día, y regresamos por la noche, á la luz de la luna, cantando las canciones que estaban en boga: *La bella Anita*, *El Recuerdo*, *Los esponsales* y *La ilusión*.

Recostados en el fondo de la carreta, soñolientos y cansados, oíamos el rasguear de la guitarra que preludiaba una *menor*; una voz se alzaba como temerosa, diciendo aquellas tonadas plañideras y hondas de que teníamos abundantísima colección, como que la habíamos formado nosotros mismos, componiendo letra y música. Acabábamos de entrar á la ciudad, y nuestra carreta daba tumbos en el empedrado; á poco fueron bajando los que vivían por cada rumbo.

Al llegar yo á mi casa, la puerta se abrió como si mis pasos hubieran sido una señal, y en medio de la obscuridad sentí que alguien me decía al oído: «Escápese, escápese, porque hoy les vienen á prender. Lo he sabido en casa de Dávila. Usted y ese señor de quien tanto habla, van á ser llevados á la cárcel.»

Me quedé horrorizado, porque la noticia, en verdad, no era tranquilizadora. Lo primero que se me vino á las mientes fué la pregunta de Don Quijote: «¿estamos seguros?»; pero no tardó el ama de la casa en darme santo y seña del asunto. Se aprehendería á Suárez Navarro, y á mí se me desterraría por orden llegada de México, pues Dávila había recibido ya instrucciones para ello.

Sin aguardar á darme cuenta exacta de aquellas singulares ocurrencias, me planté en la casa de Navarro, que me recibió con la sorpresa que era razón.

Oyó mi revelación como nervioso; le temblaba la

piocha castaña y se acomodaba maquinalmente los anteojos de varillaje de oro y la luenga cabellera, llena aquí y allá de prematura salpimienta.

— Hace tiempo, me dijo, que barruntaba la doblez de Dávila; pero nunca pensé que él, que se proclama un intransigente, un incorruptible, un mártir de su causa, hubiera entrado en arreglitos y componendas con los moderados de México, á condición de conservar la breva del empleo. Y usted, ¿cómo ha sabido esto, ó qué antecedentes tenía del asunto?

Le referí que una persona que tenía metimiento en la casa del Gobernador, conocía aquellas cosas y me las había comunicado.

— Acaba usted de darme, me dijo, una prueba de adhesión que yo no puedo premiar sino con mi confianza. Desde hoy lo nombro mi Secretario íntimo, á reserva de que alcance usted algo más que convenga á sus méritos y á su lealtad.

Al día siguiente escribimos á Dávila una carta, en que á vuelta de reprocharle que no quisiera seguir trabajando con nosotros, le afeábamos su determinación de aprehendernos.

El mismo día conocí de cerca á un sujeto á quien apenas había divisado en los días anteriores. Era de cuerpo regular, blanco, de hermosos ojos azules, sin pelo de barba á causa de que se la afeitaba continuamente,

y con un aspecto de civilidad y cortesanía que acababan por domesticar hasta al más rehacio.

Era don José Palomar, uno de los más ricos comerciantes de la plaza y hombre metido hasta el cuello en el ajo de la política del tiempo, pues adoraba frenéticamente al General Santa Anna.

No recuerdo si ese día ó el siguiente llegó también el señor Obispo, don Diego Aranda, bajito, cortesano, mimoso, de gran nariz, modestamente cubierto con su sotana morada, tocado con un sombrero de teja de pelo de castor, y llevando en la mano un bastón de puño de oro.

Besé devotamente el anillo pastoral de Su Ilustrísima, le introduje hasta el aposento de mi principal, cerré la puerta con cuidado y me dediqué á poner en orden algunos papeles, cuando á poco, colocándose don Juan en la puerta de su cuarto, me dijo:

— Pérez, traiga usted las últimas cartas de don Lorenzo Carrera, del Padre don Francisco Javier Miranda y de don Octaviano Muñoz Ledo.

Hice lo que me mandaban, y al poner los diez ó doce plieguitos de papel de «correspondencia particular» en manos de mi principal, éste me dijo:

— Siéntese usted y escriba lo que voy á dictarle, poniendo margen ancho y dejando entre artículo y artículo un espacio de tres ó cuatro líneas.

Me senté junto á una mesa en que había recado de es-

cribir, y teniendo frente por frente el retrato de un General rasurado á la moda del tiempo, guapetón, con aire teatral y ojillos bulliciosos y saltarines. Tenía la levita verde que consultaban los diputados para saber en qué sentido debían votar, el pantalón blanco unido á la robusta pierna, ceñida á la cintura la banda de General y prendidas al pecho hasta dos docenas de condecoraciones nacionales y extranjeras: era el retrato del señor Santa Anna, del hombre cuya historia, como había dicho mi amo con justicia, resumía y abarcaba la historia de México en los últimos treinta años.

Don Juan puso la mano derecha sobre la mesa, sobre la derecha la izquierda y sobre ésta recargó la barba, empezando á dictarme un largo manifiesto que debía firmar la guarnición. Se hablaba en el exordio de las atrocidades de Arista, de la necesidad de arreglar las cosas de manera que no continuara el supuesto desbarajuste administrativo, y se concluía proclamando la destitución del Presidente, el sostenimiento de la constitución federal, el desconocimiento de los poderes que no hubieran merecido la confianza pública y el llamamiento del benemérito General don Antonio López de Santa Anna.

Con muestras de regocijo se promulgó este plan, y Dávila, juguete de mi patrono, descendió del poder, entregándolo al General Yáñez.

Por entonces trabé conocimiento con la coruscante

persona del Licenciado don Lázaro de Jesús Gallardo, caballero muy repolludo y famoso que daba en Guadalajara la ley por sus elegancias.

Visitaba á Suárez con grandísima frecuencia, y de una de aquellas entrevistas resultó la expedición que en compañía del abogado emprendí.

Ya él me conocía por haberme visto plumeando á todas horas, y por cierto que me saludaba siempre por mi nombre en diminutivo; pero la noche que Suárez me mandó llamar á mi casa, que fué la del veintisiete de Septiembre, manifestó mucho placer de que fuera yo quien marchara en su compañía al arreglo de algunos asuntos de alta política.

Al día siguiente, previa la formación de mi hatillo, salimos de Guadalajara en la diligencia ordinaria; el treinta y uno llegamos á Lagos, el primero pernoctamos en León, y ese día don Lázaro empezó sus trabajos dictándome largas cartas para Mosso, Suárez, Palomar y otros personajes.

Su objeto era conquistar á Uraga haciendo que abandonara las banderas del Gobierno y se pusiera de parte de los pronunciados.

Uraga, á quien no tuve entonces oportunidad de ver tan de cerca como años después, me pareció un oficial guapo, instruído, y de ambiciones grandísimas, pero de ninguna solidez. Distaba mucho de los *macheteros* ignoran-

tes que después aparecieron; pero distaba mucho también del ideal del soldado brillante, ordenancista y *grand armée* que él quería representar.

Entonces todavía guardaba todos sus miembros, y no adquiría aún el aspecto de mariscal de Francia que tuvo años después, con su pierna de palo y su barba blanca en punta, mas ya tenía los pujos de singularizarse que tuvo siempre, entre otros no quitarse el traje militar y las grandes charreteras con canelones ni siquiera para dormir.



GENERAL DON JOSÉ LÓPEZ URAGA

Uraga comulgaba con los nuestros en su odio á Arista; pero como aquel recluta que hacía la lista de sus enemigos y empezaba diciendo: «el primero mi Coronel, sea quien fuere», él consideraba también detestables á todos los candidatos á la presidencia.